



Cuando papá fue a la cárcel, Pedro y yo fuimos a vivir a la casa de su amigo. El amigo se llamaba Gustavo. Por la tarde cuando él vino a nuestro apartamento, nosotros no sabíamos que Gustavo finalmente sería como otro padre para nosotros.

Gustavo era el mejor amigo de mi papá desde la niñez. Ellos crecieron juntos en el mismo vecindario

en El Salvador. Eran inseparables. Hicieron todo juntos. Jugaban mucho fútbol en las calles. También, como todos los muchachos, se metieron en muchos líos en la escuela, y estaban siempre juntos.

El día que tomaron la decisión de emigrar a los Estados Unidos, tomaron la decisión juntos. Estaban preocupados por toda la violencia en su país a causa de la guerra. Los dos querían tener una familia y criar a sus hijos en un ambiente más seguro.

Un día, ellos dejaron sus trabajos. Agarraron unas cuantas cosas y salieron con sus esposas a la estación del autobús. Tomaron autobuses hacia Guatemala y México. En la frontera de los Estados Unidos, ellos le pagaron casi todo el dinero que tenían a un coyote que los pasó al otro lado. Sabían que no era lo correcto, pero pensaban que criar a una familia con la guerra y la violencia de El Salvador no era correcto tampoco.

¿Es extraño verdad? Los dos mejores amigos del mundo sacrificaron todo para el bienestar de sus familias. Ellos solamente querían paz y oportunidades para sus hijos. Salieron de una situación violenta e inestable, pero lo que encontraron en las calles de Los Ángeles fue igual de malo. Mi papá y Gustavo

se enfrentaron a la violencia y desafortunadamente no pudieron superarla. La violencia los superó a ellos.